



PROHIBIDA EN NORMANDÍA

-

ROSARIO RARO

**Arriesgó su vida para contar
la verdad. La odisea de la
única mujer que participó
en el trascendental
desembarco**

Rosario Raro



Prohibida en Normandía

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Rosario Raro, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: abril de 2024
Depósito legal: B. 4.647-2024
ISBN: 978-84-08-28624-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España



*Playas desde Sainte-Honorine-des-Pertes
hasta Vierville-sur-Mer, Normandía*

Una ráfaga de ametralladora alcanzó a la fila de soldados del lado derecho de la lancha antes de que logran desembarcar. Seis de ellos murieron y otros siete fueron heridos de gravedad. Martha estaba a escasos metros, los oyó gritar mientras contemplaba las perforaciones en sus guerreras: parecían surtidores de sangre. A su alrededor, los proyectiles disparados desde uno de los búnkeres creaban columnas de agua. Martha revivía una pesadilla, esa imagen atroz era la misma que le había trastornado el sueño durante su traslado desde Estados Unidos hasta Gran Bretaña en un buque noruego. Pero esta vez era real. Estaba despierta y en medio del fuego de la guerra.

Sin embargo, al contrario de lo que le había sucedido en aquel carguero, el Harald Blåtand, entonces no sentía miedo. La embargaba otra emoción más poderosa: la furia.

Tomó la primera fotografía de quienes cayeron al mar sin llegar a pisar la arena. Después se quedó agachada, como si la muerte solo fuera capaz de pasarle por encima, hasta que la apremiaron a que desembarcara junto a los demás. Lo primero que vio mientras descendía por la ram-

pa fue a varios jóvenes que explotaban en el aire. Sintió un agujonazo en las tripas. Habían llegado desde muy lejos tan solo para morir.

Con el mismo uniforme, ella también pasaba por uno de aquellos muchachos imberbes, a algunos de los cuales ni siquiera les había cambiado la voz ni se les habían ensanchado los hombros.

Tenía ante sí la extensa playa rebautizada para la operación como Omaha Beach. El agua le llegaba hasta las rodillas. En cuanto vio con total claridad cómo salían los cañonazos de las casamatas tuvo ganas de sumergirse, pero en vez de eso reptó unos cien metros entre las inmensas zanjas en forma de uve y una alambrada de púas hasta llegar a la parte trasera de un pequeño montículo de piedras. Sintió en los bolsillos el peso de su equipo fotográfico y volvió a sacar su cámara.

Sabía que en aquella zona del Muro Atlántico los alemanes contaban con docena y media de nidos de ametralladora. Si la lucha hubiera sido cuerpo a cuerpo, habría fingido su muerte desde ese primer momento, pero no existía esa posibilidad. Las balas y las granadas no distinguían entre quienes aún respiraban y los que habían dejado de hacerlo. Del agua surgían los tanques anfibios como si se tratara de monstruos abisales. Muchos se hundían a los pocos metros de emerger.

Oía el ruido de los aviones aún invisibles mientras las tropas continuaban su avance. Giró la cabeza y vio el horizonte del mar con la línea ininterrumpida de acorazados. Algunos soldados saltaron de las lanchas demasiado pronto y se hundieron bajo el peso de sus mochilas. Registró con su cámara aquel mar bordado de metal y después enfocó las piernas de quienes avanzaban; cuando fue a cubrir el objetivo con la tapa, advirtió que había una mina

adherida al obstáculo de madera que tenía delante: parecía la caja de herramientas de un carpintero. Si detonaba al pasar alguien, ella también saltaría por los aires.

La intensidad del fuego cruzado crecía. Los destructores se habían acercado tanto a la costa que Martha calculó que estarían a menos de una milla, a punto de encallar.

Ante ella, la vegetación que coronaba la duna la protegía de que la vieran de frente, pero de poco le servía porque los alemanes disparaban indiscriminadamente. Todas las imágenes de su alrededor le parecieron las de una película acelerada. Las manos le temblaban mucho y sentía mareos, pero aun así disparó de nuevo su cámara durante medio minuto sin mirar demasiado a dónde apuntaba. En cuanto la guardó para recuperar el aliento, un camillero pasó a su lado y, al reparar en la cruz blanca de su casco, la instó a que lo ayudara. Ella no tuvo más remedio que ponerse en pie, vaciló al sentir que perdía el equilibrio, pero enseguida comenzó a desplazarse como si quienes manejaban aquellas armas no pudieran verla. No sabía cuánto duraría su suerte. Mientras tanto, asía con fuerza las dos barras de metal de la camilla.

Por delante de ellos, los artilleros explosionaban minas para abrir camino mientras algunos aviones zumbaban al atravesar una y otra vez la aurora teñida de gris.

El enfermero dio un tirón a la camilla para que Martha se detuviera junto a un herido.

—¡Es un niño! —gritó ella cuando lo vio de cerca. Se había olvidado de que debía disimular su condición.

El camillero echó la cabeza hacia atrás, muy sorprendido al descubrir que quien lo acompañaba era una mujer, pero se rehízo de inmediato:

—No digas eso, podrías ofenderlo —le musitó—. Ha luchado como un hombre.

—Pero es un niño —repitió ella.

Martha le pasó los nudillos por uno de sus pómulos pálidos, recubierto de un sudor cristalizado en pequeñas gotas. Estaba inconsciente. Le recordó a los soldados que había visto años atrás, durante la guerra de España. Aquellos, también de aspecto infantil, que yacían en los catres de un hospital improvisado bajo los candelabros del hotel Palace de Madrid. Allí no había morfina y eso suponía que las enfermeras no tenían forma de aplacar sus alaridos. Esa imagen se le quedó grabada. Volvió a sentir el olor penetrante del éter mezclado con el de la col hervida frente a la escalera de mármol manchada de sangre. La misma sangre que había visto correr por las calles de Barcelona en dirección a los desagües tras dos días de bombardeos continuos sobre la ciudad a mediados de marzo de 1938.

Pasaban los años. Seguían las guerras. Otras guerras. Otros territorios. La misma muerte.

—Vamos a llevarlo a la lancha —le dijo el auxiliar sanitario y ella volvió con la mente allí.

Para acostarlo sobre la camilla, Martha lo cogió de las botas y el camillero de los hombros.

Parecía tan desvalido como si nunca hubiera recibido un abrazo. Se le pasó por la cabeza la idea de que procediera de un orfanato. Recordó un verso del poema *All Souls' Night*, 1917 (*Vispera de la Noche de Todos los Santos*, 1917) de su amiga Hortense Flexner que decía: «No hay ninguna llama que pueda calentarles».

En cuanto lo depositaron en el suelo de una de las lanchas, Martha se arrodilló en un extremo y comenzó a disparar de nuevo su cámara con los brazos alzados y sin apenas asomar la cabeza. Tenía prisa por recorrer con el objetivo los trescientos sesenta grados de aquel paisaje roto como una lámina de papel rasgada.

Otra lancha paró junto a la que ellos ocupaban.

—¡No sé nadar, no sé nadar! ¡Me ahogaré! —gritaba un soldado.

Martha tomó una instantánea de su rostro. Y también una segunda. Y otra más.

En aquel momento los buques de guerra dejaron de lanzar sus municiones desde el mar contra las posiciones alemanas. Oyó al camillero que le decía:

—Es muy difícil que les den a los objetivos sin cargarse a los nuestros. Por eso ha cesado el fuego. La lancha ya está completa. Nos vamos al buque hospital.

Martha fue consciente de que seguía con vida. Se marchaban, había cumplido con su propósito; solo le quedaba redactar su crónica periodística, con la que conseguiría hacer historia. El corazón se le acompañó con el motor de aquella embarcación, de forma que el ruido mecánico parecía amplificar su latido.

Antes de que comenzaran a alejarse de la costa, vio cerca de la orilla lo que se les había caído a los soldados durante su avance o cuando saltaron por el aire alcanzados por los disparos de los artilleros: paquetes de cigarrillos, biblias, libretas, cepillos de dientes, cuchillas de afeitar, espejos, cartas y muchas fotos. Retratos de personas y familias enteras que se encontraban muy lejos de allí, aunque parecían observar esa escena infernal desde la arena.

Fotografió algunos de aquellos objetos cotidianos antes de que la inmensa lágrima del mar se los tragara.

Canal de la Mancha

En la barca, Martha comenzó a temblar. Ya no era capaz ni siquiera de cambiar el rollo de película. Pidió permiso para coger una de las mantas secas que permanecían enrolladas en un rincón, las que se habían mojado se volvían después rígidas como madera, se arrebujó en la única con la que aún podía arrojarse y se tapó hasta la cabeza. El ruido de la artillería alemana no cesaba. Uno de los militares que acompañaba a los camilleros dijo que, según la última transmisión por radio, más de doscientos guardabosques estadounidenses habían desembarcado en la Pointe du Hoc, a menos de medio kilómetro de allí, y que los combates se concentraban en el pueblo de Sainte-Mère-Église, donde habían aterrizado los paracaidistas la noche anterior.

Atrás dejaron cientos de muertos y el fuego de mortero que, por escasos metros, no los alcanzó, como había sucedido a la ida. Cuando ya se creía a salvo, vio como el soldado que reposaba en la camilla más cercana fue asae-teado por las largas astillas que, debido a una explosión, se desprendieron de la barca de al lado. Martha se llevó la mano a la boca y entonces notó un reguero de sangre que

le manaba de la cabeza. Se recorrió aquella zona con temor hasta que un dedo se le hundió en el cuero cabelludo y, a continuación, tocó algo duro incrustado allí. Le pareció metálico. Una esquirla de metralla..., un trozo de acero candente...

El dolor.

Se disipó ante sus ojos la luz furiosa de aquella mañana y todo se volvió negro, denso. Perdió el conocimiento. Fue tragada por el vacío. Ya no pudo ver ni fotografiar nada más.